



romà com un exemplar del segle II perquè ja no ho és, ni ho tornarà a ser mai. L'hem de valorar com un temple romà que després fou castell, escrivania, cúria, presó, graner i pedrera, en el qual intervingueren moltes persones i institucions per a la seva salvaguarda: el canonge Collell, Josep Serra i Campdelacreu, Josep Gudiol i Cunill, Eduard Junyent, el bisbe Morgades, la Societat Arqueològica de Vic, el Centre Excursionista de Vic i el Patronat d'Estudis Osonencs. Fins i tot, no ens hem d'oblidar dels estralls de la guerra civil espanyola sobre les seves columnes o que el rei Jaume I hi feu una breu estada aquí quan hi havia el castell dels Montcada.⁹

Tot plegat fa que la glòria de l'actual temple romà de Vic no sigui en les seves pedres, sinó en el que han viscut aquestes pedres, convertint-lo en un edifici que per ell mateix resumeix gran part de la història de la ciutat de Vic, esdevenint un dels seus símbols més preuats.

BIBLIOGRAFIA

Dictamen emitido por la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Barcelona acerca del Templo romano recientemente descubierto en esta ciudad. Vic: Sociedad Arqueológica de Vich, 1883.

Estatutos de la Sociedad Arqueológica de Vich. Vic: Impremta de Ramon Anglada i Pujals, 1883.

Eduard JUNYENT, «La restauración del Templo romano». *Ausa* (Vic), 2/ 22 (1957), p. 560-562.

Eduard JUNYENT, «La restauración del Templo romano». *Ausa* (Vic), 3/29 (1959), p. 241-242.

Miquel S. GROS, Ramon ORDEIG, «Centenari del descobriment del temple romà. Vic 1882-1982». *Ausa* (Vic), X/102-104 (1982), p. 427-442.

Josep GUDIOL, *L'Ausa romana i el seu temple*. Editorial Humanitas, 1982 [Vic: Gazeta Montanyesa, 1907].

Ramon ORDEIG, «Centenari d'un esdeveniment memorable. El descobriment del temple Romà el 1882». *Revista Vic* (Vic), 1982.

Miquel S. SALARICH I TORRENTS, «El Temple romà, en els 75 anys després de la seva descoberta». *Ausa* (Vic), 3/29 (1959), p. 273-277.

Josep SERRA I CAMPDELACREU, «Descubrimiento del Templo romano de Vich en 1882». *Ausa* (Vic), 3/29 (1959), p. 243-249.

Miquel S. YLLA-CATALÀ, «El descobriment del temple romà i la cultura a Vic a la segona meitat del segle XIX ». *Ausa* (Vic), X/102-104 (1982), p. 417-421.

El templo romano de Vic. Un ejemplo de "restauración histórica"

En 1882 se descubrió el templo romano de Auso (la antigua ciudad de Vic) entre los escombros del castillo de los Montcada, precisamente cuando se estaba derribando este edificio medieval que había sufrido varias transformaciones y que hasta 1860 fue utilizado como prisión. Desde un principio se planteó la reconstrucción del templo con el objetivo de destinarlo a museo de arqueología. Este artículo analiza las vicisitudes de esta reconstrucción para determinar la teoría de restauración adoptada en su reconstrucción.¹

Miquel Mirambell Abancó. *Profesor de Historia del Arte de la ESCRBC.* mmirambe@xtec.cat

EL HALLAZGO

El día 2 de octubre de 1880 el estado español –propietario en aquel entonces del antiguo castillo de los Montcada– subastó públicamente el edificio, de modo que lo compraron por 6.205 pesetas Miquel Sans i Verdaguer (pastelero vicense) y Jaume Casals i Siqués (comerciante residente en Barcelona). Una vez traspasada la propiedad del castillo, comenzó el derribo del edificio dirigido por el maestro de obras Josep Antoni Torner.

En aquel momento el castillo de los Montcada había perdido completamente su aspecto de fortaleza y se había convertido en un lúgubre caserón, debido a los distintos usos a los que se había sometido a lo largo de los siglos y, especialmente, por el hecho que hasta el año 1860 sirvió como prisión. A finales del siglo XIX su estado era bastante lamentable ya que, desde que los reclusos fueron trasladados a una nueva prisión la noche del 21 de diciembre de 1860, a causa las pésimas condiciones de higiene y salubridad que ofrecía el castillo de los Montcada, y hasta la subasta pública del inmueble celebrada el 2 de octubre de 1880, el edificio fue aprovechado por el ayuntamiento de Vic –que no era su propietario– como cantera para la reparación de otros edificios de la ciudad.

Sin embargo, entre los ambientes cultos de Vic, existía cierta preocupación por salvar este caserón del derribo, puesto que era de origen medieval. El más activo fue Josep Serra i Campdelacreu (1848-1901), archivero del ayuntamiento de Vic y cronista de la ciudad, quien entró en contacto con el maestro de obras Torner para que le avisara de cualquier hallazgo de interés histórico-artístico que surgiera durante el derribo. Por otra parte, y cuando ya era consciente que el derribo era inevitable, dibujó un croquis del castillo de los Montcada, actualmente muy valioso, porque es el único testimonio gráfico que permanece de la fisonomía del edificio antes de que fuera derribado.

Cuando el derribo estaba bastante avanzado, en mayo de 1882 apareció en el rincón de los muros septentrional y oriental un gran capitel corintio. En un primer momento –suponiendo que procedía de otro edificio y que no se encontraba en su emplazamiento original–, se acordó trasladarlo al Museo del Círculo Literario de Vic. Pero pronto se percataron que debajo del capitel estaba su pilastra correspondiente y un muro original de época romana. Se trataba, sin duda, del antiguo templo romano de Auso construido en el siglo II y conservado *in situ*, cuyas cuatro paredes habían sido reaprovechadas para construir el patio central del castillo de los Montcada en el siglo XI.

Fue tan importante el descubrimiento que el 8 de junio de 1882 Josep Serra i Campdelacreu se reunió con el canónigo Jaume Collell i

⁹ Vegeu Jaume I, *Crònica o Llibre dels feits*. Barcelona: Edicions 62 i "la Caixa", 1982 (Les millors obres de la literatura catalana, 86), p. 145.

Bancells (1846-1932) —en aquel momento el alma cultural del Vic de la época y una personalidad clave en el movimiento catalán de la *Renaixença*— con el objetivo de involucrar los poderes fácticos de la ciudad y juntos crear una asociación que se encargara de la compra del edificio. Fue así como nació la Sociedad Arqueológica de Vic (presidida por el canónigo Collell) que consiguió adquirir el edificio el 12 de diciembre de 1882 por 6.920 pesetas.

Desde el inicio, esta sociedad arqueológica estuvo estrechamente relacionada con las instituciones coetáneas que se encargaban de la salvaguarda del patrimonio arquitectónico y arqueológico, como la Comisión de Antigüedades de la Real Academia de la Historia de Madrid, el Ministerio de Fomento y, sobre todo, la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Barcelona. Ésta última nombró una subcomisión que visitó el templo romano de Vic y que redactó un dictamen sobre el monumento el 5 de enero de 1883, cuyo ponente fue el arquitecto Elies Rogent i Amat, restaurador del monasterio de Ripoll entre 1886 y 1893, durante el obispado de Josep Morgades i Gili.

Tanto la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Barcelona como la Sociedad Arqueológica de Vic, decidieron que la mejor opción era liberar las antiguas paredes del templo romano, eliminando todos los añadidos medievales y de épocas posteriores que impidían una buena lectura y comprensión del monumento clásico. Una vez realizada la liberación, se optó por reconstruir la ruina romana y dar un uso cultural al inmueble, como medida para garantizar su futura conservación.

Este objetivo ya figura en los estatutos de la Sociedad Arqueológica de Vic aprobados el 28 de diciembre de 1882 por los socios y publicados el 17 de febrero de 1883, convirtiéndose en el motor de una larga restauración que se prolongó hasta mediados del siglo XX: "Podrá además, si así lo acuerda la Junta general de socios, instituir en el local de la Sociedad un Museo de antigüedades, dándose preferencia á los objetos de valor arqueológico ó artístico que estén más relacionados con la Historia de esta ciudad y su comarca".²

HISTORIA DE UNA LARGA RECONSTRUCCIÓN (1882-1959)

La reconstrucción del antiguo templo romano de Auso duró setenta y siete años. Fue un proceso largo y costoso, que se concretó en la reconstrucción de la celda entre 1883 y 1890, la reconstrucción de la columnata entre 1927 y 1930, y la reconstrucción del frontón entre 1957 y 1959.

La reconstrucción de la celda

Durante los siete años que duró la reconstrucción de la celda, los esfuerzos se centraron en el muro del sur (en gran parte perdido) y el muro del este (completamente derribado). En cuanto a las paredes del norte y del oeste de la celda, puesto que se conservaban prácticamente íntegras excepto por las oberturas practicadas en la época medieval, la intervención restauradora fue menos drástica.

En un primer momento, la reconstrucción se realizó con sillares romanos del propio monumento, encontrados entre los escombros o recuperados de otros edificios de la ciudad. Esta técnica de recomposición, conocida con el término de anastilosis, es ampliamente defendida a lo largo de la historia de la conservación-restauración, aunque en la actualidad sólo se admite cuando está documentada con seguridad y cuando evita caer en la falsificación histórico-artística. Por otra parte, es una técnica vista con buenos ojos porque contribuye a evitar los expolios de elementos arquitectónicos del entorno de los monumentos.

Sin embargo, no había suficientes sillares originales para reconstruir las partes perdidas, de modo que se tuvo que recurrir a materiales modernos para algunas zonas, sobre todo la fachada del templo o pared oriental, provocando una clara distinción visual y matérica entre las paredes originales y las reconstruidas. Esta diferenciación de materiales —como es de sobras conocido— es una de las características más recomendadas en todos los documentos actuales sobre restauración patrimonial ya que se trata, como siempre, de alejarse de las intervenciones que generan falsedad e inducen al engaño.

Finalmente, cabe destacar que esta primera intervención hizo un tratamiento interesante de las puertas y ventanas realizadas en las paredes de la celda en época medieval, porque fue muy respetuosa con las citadas oberturas, de forma que no fueron eliminadas, sino que sólo se taponaron, siendo hoy en día todavía muy visibles. La decisión —tal vez tomada para rebajar costes— está en perfecta sintonía con las tesis reconstructivas actuales, que inciden en la voluntad de no ocultar las vicisitudes históricas por las que ha pasado un edificio y, sobre todo, en el deseo de no retornarlo a su estado original, una tarea ciertamente imposible.

Una vez terminada la reconstrucción de la celda y fiel a su propósito inicial, en 1893 la Sociedad Arqueológica de Vic convirtió el antiguo templo de Auso en un museo de arqueología, conocido como Museo Lapidario, y que, de hecho, era una sección del Museo Episcopal de Vic, inaugurado el 7 de julio de 1891.

Las piezas se colocaron tanto en el interior de la celda como en el recinto exterior del templo. En cuanto al interior de la celda se llegaron a exhibir unos cuatrocientos ejemplares arqueológicos de piedra, mármol, alabastro y yeso distribuidos por épocas históricas. Así, los fragmentos romanos y románicos se ubicaron en la parte meridional, los objetos góticos en la zona occidental y los fragmentos comprendidos entre el renacimiento y el neoclasicismo en la parte septentrional interior de la celda.

En el exterior del edificio —además de mantener parte de las bóvedas y paredes del castillo medieval de los Montcada en la zona norte y oeste— se colocaron varias obras de piedra, especialmente cinco miliares romanos procedentes de la comarca de Osona y actualmente visitables en el Museo Episcopal de Vic. Sin embargo en el extremo noroeste del recinto se adhirieron en la pared del antiguo castillo de los Montcada que linda con la iglesia vecina de la Piedad, varios fragmentos ornamentales procedentes del mismo templo romano, concretamente restos del tímpano y de la cornisa del frontón. Finalmente, en el atrio reconstruido se situó el único fragmento encontrado de una de las columnas.³

Todos estos elementos fueron muy valiosos para emprender años después la reconstrucción del atrio del templo, aunque con diversa fortuna, ya que a pesar de que el fuste romano original de la columna se integró dentro de una nueva columna reconstruida, los fragmentos del frontón se dejaron para siempre adheridos a la citada pared del rincón noroeste del recinto. En este sentido, es preciso recordar que la ubicación de estos fragmentos originales dentro del recinto del monumento es una medida reclamada en todos los documentos internacionales actuales que regulan la restauración del patrimonio arquitectónico, favorables a mantener los restos de poca entidad *in situ* porque se evita así su dispersión o su olvido en los almacenes de los museos, puesto que los ejemplares de estas características raramente se exhiben al público.

La reconstrucción de las columnas del atrio

En 1927 se reanudó la reconstrucción del templo gracias a una nueva asociación: el Centro Excursionista de Vic, fundado el 26 de noviembre

de 1911 cuando se constituyó la junta directiva bajo la presidencia de mosén Josep Gudiol i Cunill (1872-1931), eminente arqueólogo e historiador del arte que se convirtió en conservador del Museo Episcopal de Vic desde 1898. El Centro Excursionista de Vic tenía como finalidad la práctica del excursionismo como medio de estudio y conocimiento de la comarca de Osona, además de la organización de conferencias y exposiciones dentro del templo, que era la sede del centro excursionista.

Así, en un plazo de tres años y después de muchas dificultades económicas se erigieron las ocho columnas del atrio, inaugurándose el 15 de junio de 1930. Se ejecutaron en piedra de Folgueroles y se dedicaron cada una de ellas a un vicense ilustre, grabándose los nombres en el fuste de las columnas. Por orden cronológico de ejecución, las ocho columnas se dedicaron al canónigo Jaume Collell, a Josep Serra i Campdelacreu, a los hermanos Masferrer, al obispo Josep Morgades, al obispo Josep Torras i Bages, al arzobispo Josep Alemany, a mosén Josep Gudiol i Cunill, y a Narcís Verdaguer i Callís. Cabe señalar que el fuste original encontrado entre los escombros del antiguo templo de Auso se integró en la columna dedicada a Serra i Campdelacreu, como homenaje al descubridor del monumento.

La idea de grabar los nombres de personajes ilustres en las columnas surgió a raíz de la concesión al canónigo Jaume Collell de la pluma de oro por parte de la Asociación de Periodistas de Barcelona el 22 de mayo de 1927, de modo que no obedece a ningún criterio de restauración y puede parecer, incluso, una frivolidad. Sin embargo, se convierte en una señal inequívoca que esas columnas no son romanas ni han sido levantadas como tales, es decir, cualquier visitante actual del antiguo templo de Auso puede deducir fácilmente que no son las originales, evitando caer en la trampa de una restauración estilística que manipula los períodos históricos y los confunde rayando la falsificación histórico-artística.

En este sentido es preciso recordar la teoría positivista del arquitecto italiano Camillo Boito (1836-1914), que formuló una normativa que pretendía limitar la arbitrariedad de las reconstrucciones arquitectónicas que rayaban la falsificación histórico-artística. Estas normas presentadas en un congreso de arquitectura en Italia, recomendaban que —entre otras medidas— se realizara una incisión de la fecha de actuación o de un signo convencional en las partes reconstruidas. A pesar de que en las columnas del atrio del templo romano de Vic no se siguieron a rajatabla sus recomendaciones, es obvio que la incisión de los nombres de personajes ilustres consigue la finalidad perseguida por este restaurador italiano.

Las columnas fueron construidas por la casa de arquitectura y construcciones Ylla, siendo el director técnico de las obras Josep Ylla i Cassany (1885-1955), aunque contó con la colaboración del escultor vicense Pere Puntí i Tena (1880-1962). Sin embargo, detrás de la reconstrucción estaba mosén Gudiol i Cunill, a quien se terminó dedicando merecidamente la séptima columna.

De hecho, unos años antes, concretamente en 1907 y con motivo del 25º aniversario del descubrimiento del templo, mosén Gudiol publicó el libro *LAusa romana i el seu temple*, un exhaustivo y riguroso estudio científico del templo de Auso y de sus restos, que contribuyó a la reconstrucción todavía pendiente del atrio. El capitel, el trozo de fuste de columna y los fragmentos originales de frontón localizados entre los escombros, permitieron realizar una reconstrucción con garantías del exterior del monumento. Sin embargo y en cuanto a su interior, no había suficientes vestigios para su reconstrucción, prefiriéndose dejar los sillares vistos y sin revocar, adoptando una solución muy alejada de como había sido el edificio en época romana. Mosén Gudiol afirmaba

ya en el año 1907 que el interior de la celda no estaba como el exterior mostrando la piedra, sino que ésta estaba cubierta por un grueso revoco de cal, formando unas líneas refundidas en ángulo que debían imitar una especie de sillería regular, conocida como *opus isodomum*, aunque se desconocía si estaba revestida de color. El pavimento estaba formado por un grueso pan de hormigón formado en su cara superior por obra cocida picada y cal.⁴

De esta forma, y todavía sin frontón, el templo romano fue declarado monumento histórico-artístico de interés nacional el 3 de junio de 1931 en tiempo de la II República.

La reconstrucción del frontón

El 29 de marzo de 1952 fue legalmente constituida la tercera asociación cultural con sede en el templo romano: el Patronato de Estudios Osonenses. Su objetivo era fomentar el estudio y la investigación de la historia, manifestaciones artísticas, folklore, literatura y otros aspectos de la comarca de Osona, así como la protección del patrimonio cultural, artístico y monumental osonense. El alma de la asociación —y también de la reconstrucción pendiente del templo— fue Eduard Junyent i Subirà (1901-1978), discípulo de mosén Gudiol y continuador de su tarea en todos sus aspectos, también al frente del Museo Episcopal de Vic.

La reconstrucción se realizó entre 1957 y 1959 y se pudo llevar a cabo gracias a la aportación económica de Manuel Serra i Moret, hijo de Josep Serra i Campdelacreu. Manuel Serra i Moret (1884-1963), político y escritor, en aquel momento exiliado en Perpiñán, dio al Patronato de Estudios Osonenses la casa de su padre, muerto en 1901, y que se encontraba en el Paseo de la ciudad de Vic. Con el importe de la venta se pudo hacer frente a la reconstrucción del frontón. Técnicamente se hizo cargo el Servicio de Catalogación y Conservación de Monumentos de la Diputación de Barcelona bajo la dirección del arquitecto Camil Pallàs i Arisa (1918-1982).

Camil Pallàs fue el segundo director del Servicio de Catalogación y Conservación de Monumentos de la Diputación de Barcelona entre 1954 y 1978, sucediendo en el cargo a Jeroni Martorell i Terrats que había sido director entre 1915 y 1951. Ambos arquitectos entendieron la conservación-restauración de los monumentos de forma muy distinta, ya que mientras Martorell fue más partidario de conservar, Pallàs apostó decididamente por restaurar, un criterio que compartió con Eduard Junyent, con quien mantuvo una estrecha relación.⁵

Por lo tanto, después de setenta y siete años, en 1959 finalizó la restauración del antiguo templo de Auso, destinándose el inmueble a un uso distinto para el que fue concebido (museo y centro de conferencias y exposiciones). La reutilización de un edificio rehabilitado es un aspecto recomendado por todas las cartas internacionales actuales de restauración del patrimonio arquitectónico, que defienden el retorno del edificio a sus funciones originales —siempre que sea posible— o bien una utilización respetuosa con el carácter histórico-artístico del edificio (como en el caso del templo vicense). Se considera que un edificio restaurado y sin uso acaba presentando más problemas de conservación que cuando ha sido rehabilitado y se le ha dado un buen uso.

UBICACIÓN DE LA INTERVENCIÓN EN EL TEMPLO ROMANO DENTRO DE LAS TEORÍAS DE RESTAURACIÓN COETÁNEAS

El criterio de restauración aplicado en el templo romano de Vic fue determinado en el momento del descubrimiento del templo por la Sociedad Arqueológica de Vic y con el visto bueno de la Comisión de Antigüedades de la Real Academia de la Historia de Madrid y de la

Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Barcelona, de modo que la reconstrucción de las columnas y del frontón fue tan sólo la culminación de un proyecto empezado a finales del siglo XIX.

En el momento del hallazgo del antiguo templo de Auso existían varias teorías vigentes sobre restauración arquitectónica, de entre las que podemos destacar la "restauración arqueológica" de los arquitectos italianos Raffaele Stern (1774-1820) y Giuseppe Valadier (1762-1839), la "restauración estilística" d'Eugène Viollet-le-Duc (1814-1879), la "restauración romántica" de John Ruskin (1819-1900) y la "restauración histórica" de Luca Beltrami (1854-1933).

De las cuatro teorías citadas, la Sociedad Arqueológica de Vic desestimó claramente dos y consideró las dos restantes como opciones válidas. Entre las desestimadas hay las contrarias a la reconstrucción, especialmente la "restauración romántica" que aboga por la no intervención restauradora, y también la "restauración arqueológica" que defiende la consolidación del edificio y la mínima intervención. Ésta última fue aplicada, por ejemplo, entre 1806 y 1807 por Raffaele Stern y entre 1824 y 1829 por Giuseppe Valadier en el Colosseum de Roma.

En cambio, la "restauración estilística" de Eugène Viollet-le-Duc y, sobre todo, la "restauración histórica" de Luca Beltrami, fueron tenidas en cuenta. Así, en un primer momento se sopesó seriamente la teoría violetiana. Con este objetivo, Josep Serra i Campdelacreu hizo un curso de arqueología y viajó a Italia y Grecia para estudiar otros templos clásicos. Al parecer, el punto de partida inicial del proyecto de reconstrucción del templo vicense fue la realización de un arquetipo estilístico de templo romano obtenido por comparación con otros templos contemporáneos. Ahora bien, también existía el deseo latente de recuperar el auténtico templo romano de Auso, para que sirviera a las generaciones futuras como un documento histórico fiable. Esta oscilación entre las dos teorías restauradoras —o si se prefiere, entre la denominada instancia artística y la instancia histórica, según la terminología de la "restauración crítica" de Cesare Brandi (1906-1988)— se terminó decantando por la segunda instancia y, por lo tanto, por las tesis defendidas por el arquitecto Luca Beltrami.

A diferencia de Eugène Viollet-le-Duc que usaba el método inductivo para conocer las generalidades del estilo gótico y recrear especímenes estilísticos a partir del estudio de otros edificios coetáneos, Luca Beltrami se fijaba en la individualidad del monumento y en la investigación rigurosa de sus datos históricos, como por ejemplo hizo en el castillo de los Sforza en Milán entre 1893 y 1911. No obstante, este arquitecto italiano rechazaba la "restauración arqueológica" porque no se planteaba el problema arquitectónico de crear un espacio "vivable" en los monumentos restaurados. Era, por tanto, un firme partidario de la reconstrucción, aunque bajo unos parámetros distintos a los de la "restauración estilística", más atenta a reencontrar la forma artística "pura" del monumento y en ningún caso la forma artística "más auténtica" del monumento.

La reconstrucción del templo romano de Auso está repleta de detalles que avalan su inclusión dentro de la "restauración histórica", como por ejemplo el mantenimiento de las oberturas practicadas en las paredes de la celda en época medieval para dotar las estancias del castillo de los Montcada con puertas y ventanas. Una intervención realizada bajo los criterios de la "restauración estilística" nunca hubiera dejado las oberturas medievales ni hubiera mantenido las secuelas del paso del tiempo sobre el edificio, puesto que hubiera ido en búsqueda de un ejemplar perfecto de templo romano, con el único objetivo de obtener un prototipo de templo romano hispano que sirviera a las generaciones futuras como modelo de estudio.

Sin embargo, un aspecto que no debemos obviar es que poco después de haber finalizado la reconstrucción "histórica" de la celda del templo de Auso, comenzó otro proyecto de restauración de gran envergadura: la basílica de Santa María de Ripoll, también perteneciente al obispado de Vic, y en la que se optó por la obtención de un arquetipo de iglesia románica catalana bajo las directrices de la "restauración estilística" que defendía que un edificio se tenía que restablecer a un estado completo que puede no haber existido en un momento dado.

Eso fue exactamente lo que realizó entre 1886 y 1893 el arquitecto Elies Rogent en la citada basílica después que recibiera el encargo del obispo de Vic Josep Morgades i Gili (1826-1901) de reconstruir la iglesia de Ripoll. No obstante, hay que decir que Elies Rogent ya había realizado un proyecto anterior de restauración para la citada iglesia, cuando el monasterio era todavía de propiedad estatal —concretamente en 1865— como integrante de una comisión nombrada por la Real Academia de Bellas Artes de Barcelona, que actuaba como delegación de la Academia madrileña de San Fernando. Pero este primer proyecto no se llevó a la práctica.⁶

Los dos protagonistas de la restauración de la basílica de Ripoll (Morgades y Rogent), los encontramos también implicados en la restauración del templo romano de Auso. No es un hecho casual, ya que bajo el episcopado del obispo Morgades (1882-1899) se consumaron tres proyectos culturales de gran envergadura en Cataluña: la inauguración del Museo Episcopal de Vic y las reconstrucciones de la celda del templo romano de Vic y, sobre todo, de la basílica de Santa María de Ripoll. Por lo que respecta a estas dos reconstrucciones, mientras en Ripoll se optó decididamente por una reconstrucción de estilo, en cambio en el templo vicense se inclinaron por una "reconstrucción histórica". La razón bastante obvia radica en la tipología de cada uno de los edificios. Mientras la basílica de Ripoll era una iglesia que era preciso retornar al culto y se convirtió en una metáfora de Cataluña que renacía de los escombros; el templo romano era sólo un testimonio de un pasado histórico que en ningún caso era entendido como un símbolo nacional. Sólo debemos recordar las emblemáticas palabras que el obispo Morgades pronunció el 21 de marzo de 1886 cuando se inició la reconstrucción de la basílica de Santa María de Ripoll: "Vamos a restaurar, no precisamente el monasterio de Ripoll, sino Cataluña, la Cataluña sobria, trabajadora, juiciosa, cristiana ante todo y por encima de todo".⁷

LAS CICATRICES DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Antes de la reconstrucción del frontón, concretamente en 1938, el templo recibió el impacto de una bomba durante la guerra civil española, de la que quedan secuelas en las columnas del atrio, reconstruidas tan sólo ocho años antes. Esta agresión, lejos de ser eliminada, forma parte de la historia material del edificio y en ningún caso debe ser ocultada o disimulada por intervenciones posteriores sobre el inmueble. Se trata de un testimonio —en este caso nefasto— de la actividad humana, que responde a un hecho de gran trascendencia histórica. Su eliminación supondría la manipulación de un dato histórico de gran relevancia para el monumento.

EL CASTILLO DE LOS MONTCADA

La recuperación del antiguo templo de Auso fue una gran empresa iniciada en 1882 y no culminada hasta 1959. El esfuerzo fue muy importante y en él participaron, de un modo u otro, las principales instituciones culturales del país. Sin embargo, esta recuperación comportó el sacrificio de otra construcción notable incorporada al templo en época medieval: el castillo románico de los Montcada, del que actualmente sólo se conservan parte del muro externo de poniente (porque durante el siglo XVII fue utilizado para construir la iglesia vecina de la Piedad) y parte del muro externo septentrional (que se

dejó como testimonio del castillo en el momento en que el recinto del templo servía como museo arqueológico al aire libre).

La pérdida del castillo –prácticamente no lamentada por nadie, excepto por Eduard Junyent⁸ se convierte en una gran paradoja a la hora de recuperar el antiguo templo romano de Auso, ya que la aplicación de las teorías de la “restauración histórica” –habitualmente respetuosas con la estratificación de los períodos históricos presentes en el edificio– comportó la pérdida irreversible de lo que sería un ejemplar único de arquitectura civil románica catalana.

Hoy en día el castillo –ruinoso y rodeado de vegetación– haría las delicias de las tendencias ruïnistas de John Ruskin que defienden la decadencia “ética” de los edificios en su decrepitud y la aceptación imparables de su desaparición de acuerdo con la evolución del ciclo de la naturaleza. Sin embargo, este teórico inglés nos recuerda que “la gloria mayor de un edificio no está en sus piedras ni en el oro con que se ha hecho, sino que la gloria está en su edad”, por lo que no debemos valorar el actual templo romano como un ejemplar del siglo II porque ya no lo es, ni lo volverá a ser nunca. Lo tenemos que valorar como un templo romano que después fue castillo, escribanía, curia, prisión, granero y canteira, en el que intervinieron muchas personas e instituciones para su salvaguarda: el canónigo Collell, Josep Serra i Campdelacreu, Josep Gudiol i Cunill, Eduard Junyent, el obispo Morgades, la Sociedad Arqueológica de Vic, el Centro Excursionista de Vic y el Patronato de Estudios Osonenses. Incluso, no debemos olvidarnos de los estragos de la guerra civil española sobre sus columnas o que el rey Jaume I hizo una breve estancia cuando aquí existía el castillo de los Montcada.⁹

Por todo ello, la gloria del actual templo romano de Vic no está en sus piedras, sino en lo que han vivido estas piedras, convirtiéndolo en un edificio que por sí solo resume gran parte de la historia de la ciudad, llegando a ser uno de sus símbolos más preciados.

FOTOGRAFÍAS

1. Dibujo del castillo de los Montcada ejecutado por Josep Serra i Campdelacreu en 1882 antes de su derribo, conservado en el Archivo Episcopal de Vic (Fotografía: M. Mirambell).
2. Fotografía del templo romano en el momento de su descubrimiento y después de ser “liberado” de su armazón medieval. En primer término se observa el capitel original conservado *in situ* (Fotografía: Archivo Episcopal de Vic).
3. Fotografía del templo romano en el momento de su descubrimiento y después de ser “liberado” de su armazón medieval. Se observa el amontonamiento de sillares romanos al lado de los muros de la celda, que permitió aplicar la técnica de la anastilosis o recomposición con elementos originales dispersos o caídos (Fotografía: Archivo Episcopal de Vic).
4. Detalle de una de las paredes interiores de la celda en la que se observa una de las oberturas practicadas en época medieval y que se mantuvieron durante la restauración (Fotografía: M. Mirambell).
5. Detalle del capitel original y de uno de los capiteles reconstruidos a partir del original (Fotografía: M. Mirambell).
6. Fotografía del atrio del templo durante la reconstrucción de las columnas. En este momento sólo hay cinco y en la de primer término (correspondiente a Serra i Campdelacreu) se ha integrado el fuste original romano encontrado entre los escombros (Fotografía: Archivo Episcopal de Vic).

7. Detalle de la parte superior de las columnas del atrio con los apellidos de los prohombres vicenses grabados en el fuste (Fotografía: M. Mirambell).

8. Fotografía de 1927 en la que se observa a los escultores ejecutando los últimos retoques al capitel de la columna dedicada al canónigo Collell (Fotografía: Archivo Episcopal de Vic).

9. Mosén Gudiol i Cunill con Lluís Ylla i Cassany y Josep Ylla i Alibés, bajo los restos del frontón adheridos en una de las paredes del recinto exterior del templo (Fotografía: Archivo Episcopal de Vic).

10. Detalle de las secuelas del bombardeo de 1938 sobre una de las columnas del templo (Fotografía: M. Mirambell).

11. Imagen actual del templo romano, después de la reconstrucción del frontón finalizada en 1959 (Fotografía: M. Mirambell).

12. Restos del castillo románico de los Montcada (Fotografía: M. Mirambell).

NOTAS

¹ Este artículo se basa en una ponencia presentada en Vic el 26 de octubre de 2007 en el marco de una jornada científica organizada por el Patronato de Estudios Osonenses con motivo de los 125 años del descubrimiento del templo romano de Auso. La versión actual revisa y desarrolla algunos aspectos de la citada ponencia que será publicada en la revista *Ausa*, a la vez que incluye observaciones realizadas por el resto de ponentes de la jornada: Antoni Caballé, Antoni Pladevall i Font, Francesc Fontbona, Xavier Roviró, Josep Muntañola, Magda Saura, Montserrat Artigau y Eduard Porta. A todos ellos y al Patronato de Estudios Osonenses quiero manifestar mi agradecimiento.

² *Estatutos de la Sociedad Arqueológica de Vich*. Vic: Impremta de Ramon Anglada i Pujals, 1883 (artículo tercero).

³ “El temple romà de Vich”. *Excursionisme. Periòdic quinzenal* (Barcelona), 8 (20 juliol 1928).

⁴ Josep GUDIOL I CUNILL, «Descripció del Temple romà». *Ausa* (Vic), 3/29 (1959), p. 253, 254, 256 y 257.

⁵ Para más información sobre el Servicio de Catalogación y Conservación de Monumentos, véase Raquel LACUESTA, *Restauración monumental a Catalunya (segles XIX i XIX). Les aportacions de la Diputació de Barcelona*. Barcelona: Diputació de Barcelona, 2000 (Monografies, 5).

⁶ Para más información sobre la restauración del monasterio de Ripoll, véase Miquel MIRAMBELL ABANCÓ, «La restauración del monasterio de Santa María de Ripoll. Entre la “restauración arqueológica” y la “restauración estilística”». *Unicum*, 0 (2001) Barcelona, p. 6-8.

⁷ Josep GUIX I FERRERES, «Ripoll, historia y símbolo». *La Vanguardia* (Barcelona), (30 juny 1993), p. 8.

⁸ Eduard JUNYENT, «El castillo de Montcada». *Ausa* (Vic), 3/29 (1959), p. 262 y 270.

⁹ Véase Jaume I, *Crònica o Llibre dels feits*. Barcelona: Edicions 62 y “la Caixa”, 1982 (Les millors obres de la literatura catalana, 86), p. 145.